

# ENTRE MARTINEZ RUIZ Y "AZORIN" REVISION POLEMICA

## I. Contradicciones de posguerra

Sobre Azorín se ha escrito mucho, desde tempranos tiempos, y su estilo, simplificador de los enredos y libertades de la sintaxis castellana, le hizo presa dilecta de los hispanistas y los mal llamados estudiantes de español (no olvidemos que el castellano, aunque lengua oficial no es la única lengua española). Cuando no se es capaz de pensar aún en un idioma que se intenta aprender, todos somos como el salvaje de las películas que habla en infinitivo y a lo más que llega después —siempre con una gran economía en el uso de los tiempos verbales— es a enriquecer su tesoro de sustantivos y adjetivos. Azorín era y es, en este sentido, el escritor ideal, y no sólo para los extranjeros, sino también, cuando él volvía a España después de nuestra guerra, para los que aprendíamos nuestro propio idioma. Azorín era un modelo y una tentación.

Sus libros de la colección Austral y de las ediciones de Biblioteca Nueva, alguno salvado de los expolios de la biblioteca paterna y luego, hacia 1946, los que venían desde Buenos Aires en la Colección Contemporánea de Editorial Losada. De su destierro, exilio —¿no fue en realidad un simple extrañamiento voluntario y sin compromiso?—, realmente, íbamos sabiendo como de tapadillo. Erán aquellos libros suyos, *Al margen de los clásicos*, *Castilla*, *La ruta de don Quijote*, de los que teníamos postrer noticia, aunque fuesen de antes de la guerra. Azorín en «ABC» era triunfalista de vez en cuando, de acuerdo con el signo de los tiempos. Pero, todavía en 1945, cuando yo estudiaba sexto de Bachillerato y ya había cometido pecado azorinesco de imitación —simple tartamudeo expresivo— en mis primeros artículos de periódico, en el texto de Historia de la Literatura de don José Rogerio Sánchez (el mismo que estudió Castilla del Pino en el segundo año triunfal de 1937), se nos decía: «Hoy Azorín es un bolchevique (sic) como ayer fue un ciervista». Al curso siguiente, el catedrático, el bueno y ejemplar don Gabriel Espino, que nos enseñó literatura sobre textos —los de Ediciones Ebro, único intento de entonces— y no sobre aquel prontuario de responsabilidades políticas y rencores, nos recomendó ya la Literatura de Blecua, con la que se nos abrieron auténticos horizontes para el gusto de nuestra literatura. Y para confundir más las cosas, un día, un duro en el bolsillo y uno compra *El escritor*, de Azorín, y allí todo el mundo levanta el brazo y dice: «¡Arriba España!».

¿Dónde está el bolchevique? Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís y Manuel Azaña sí deben serlo, porque su nombre lo adivinamos al trasluz tras el grueso tachón sobre su firma en los prólogos a las ediciones en «Clásicos catellanos», de Quevedo, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León y Juan Valera. Sender y Barea no existen. Nadie se acuerda de Claudio Sánchez Albornoz, y Salvador de Madariaga es un señor al que todos los días insultan por Radio Nacional de España por lo que dicen que ha dicho por la BBC. A Lorca lo leemos en copias manuscritas, y alguno tiene una antología de antes de la guerra en la que es posible leer a Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Miguel Hernández es otro desconocido manuscrito y Antonio Machado es presentado por Dionisio Ridruejo con un prólogo curioso y desconcertante para quien pueda leerlo tal vez hoy y no esté en el juego de aquellos años.

Algunos leemos *El viaje del joven Tobías*, de Torrente Ballester, y no nos asombrará ya, muchos años después, el suceso de *La saga/fuga de J. B.* También *Sombra de paraíso*, de Aleixandre; *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, y mucho Adonais. Sólo

dos novelas nos interesan y acaso sorprenden entonces: *Nada* y *La familia de Pascual Duarte*. Cuando quisimos leer *La fiel Infantería*, de García Serrano, había sido retirada por la censura pese a su Premio Nacional.

Hay algunas brechas. Cuando Julián Marías publica su *Unamuno*, los ensayos que cita (aquellos famosos siete volúmenes editados por la Residencia de Estudiantes) son inencontrables, pero empieza a poco a venderlos en España la colección Austral. Ortega se va reeditando, algún título nuevo (*Historia como sistema*, *Teoría de Andalucía*), y vuelve a España. Baroja publica refritos en *Domingo*. Laín, con su libro *La generación del 98*, rompe al fin con muchas proscripciones.

En medio de todo aquello, libros de Azorín, artículos de Azorín. Y leemos a Lope y a Saavedra Fajardo, a Gracián y a Quevedo, hasta a don José Mor de Fuentes, por incitación suya. Nos ensopamos de clásicos, mientras todos los años se nos dice que doña Concha Espina va a ser Premio Nobel de Literatura. De sociología no sabemos nada y si en la biblioteca de la Universidad de Salamanca encontramos *El capital*, es como lectura de economía y en un resumen de Pareto, precursor del fascismo italiano.

El cine, las sesiones dobles eran un vicio para el Azorín de los últimos tiempos.



Pero Azorín es nuestro escritor. Nuestro maestro y nuestro guía. Advertimos ya en él algo de las contradicciones de nuestra historia y vamos olvidando, nos lo hace olvidar el trato oficial que tras su depuración recibe Azorín, aquello del bolchevismo que afirmaba don José Rogerio Sánchez. Ya entonces pensé, a veces, qué hubiera sido de su fama si Azorín en vez de volver a España se hubiese incorporado a la masa de exiliados de aquella hora, o si hubiese muerto en 1936, como Valle-Inclán y Unamuno. José María Valverde imaginó años después otro futurible: «Azorín —escribe—, en la primavera de 1905, volviendo de su *Andalucía trágica*, se suicida con el revolver que le había dado poco antes el director de *El Imparcial* para viajar por "la ruta de don Quijote". Aunque el suicidio hubiera sido por el fracasado amor a alguna elegante señorita de su "veraneo sentimental" de 1904, Azorín se habría convertido en el super-Larra del siglo XX, máximo símbolo del inconformismo crítico para la conciencia social de la literatura española». Pero, ¿era éste el Azorín que leíamos los muchachos de después de la guerra? Sin quererlo, en el contexto de sus viejos libros estaban sus artículos de casi cada día. Su fuga del tiempo casi siempre, el gusto por el arcaísmo, la cita olvidada, el convencimiento de que todo lo antiguo, por antiguo, era bueno, con un evidente desprecio del rigor crítico y, de vez en cuando, una incursión por el tiempo presente, tan estereotipada, tan similar a las consignas que llovían a diario en las redacciones de los periódicos, tan impersonal, tan inmemorial.

Y dejamos de leer a Azorín para embrozarnos en Baroja. Al fin, al escribir, rompíamos con el período cortado, enumerativo, del escritor levantino y escribíamos mal, pero nos encontrábamos más a gusto. Curiosamente empezábamos a descubrir algo que ahora tiene singular importancia: el derecho a escribir mal, académicamente mal, en una lucha con el lenguaje que empezaba a cambiar de sentido. A Azorín, por la influencia de Serrano Suñer, un grupo bancario le inventaba un premio de medio millón de pesetas de entonces. La fundación Juan March, acaso recordando la actitud de Azorín durante la República ante el «caso March», le concedía otro tanto. A Azorín le daban premios. A Baroja, nada. Nos escapábamos a Madrid en viaje heroico de dormitorio comunal y barato y espiábamos la calle de Ruiz de Alarcón para ver a don Pio. Tal vez un día nos armásemos de valor y subiéramos hasta el piso, llamando, y don Pio abría la puerta, nos hablaba,



Martínez Ruiz nació hace cien años en Monóvar, el 8 de junio. Lo que fue su infancia nos lo ha contado en «Las confesiones de un pequeño filósofo».

nos desilusionaba un tanto, pero no renegábamos de sus libros, mientras que de los de Azorín... Sí, decíamos, es el autor más fácil de imitar: «Tengo en mis manos un libro. Un viejo libro encuadernado. Sus pastas son de cuero finamente repujado. En el lomo hay unas iniciales: J. H., Juan Herrera. Juan Herrera fue un hidalgo; no el arquitecto, no, Juan Herrera fue un hidalgo abulense del siglo XVIII, enamorado de la prosa de Quevedo. No sabemos que ocupase cargos importantes. Pero escribió un libro, éste, que se titula...». Mira, añadíamos, don Pío dice las cosas como son. No era todo exactamente así, pero así, realmente, era nuestra lectura: lo que leíamos, lo que entendíamos o nos dejaban entender tal vez.

## II. "Todo dependerá del matiz, de la inflexión, de la habilidad del escritor, en fin..."

El reencuentro, la relectura aclaran tal vez algunos extremos, pero nos dejan también un gran margen de perplejidad. José Martínez Ruiz nació hace cien años, en Monóvar, exactamente el 8 de junio. Lo que fue su infancia nos lo ha contado en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, que aunque tiene por personaje a Azorín

es autobiografía pura, lo que no fueron ni *La voluntad* ni *Antonio Azorín*. La semejanza que pueda encontrarse después en *El humo dormido*, de Gabriel Miró, no habrá que considerarla como influencia, sino como coincidencia en un ámbito sociocultural que, en los años que van de uno a otro escritor, ha sufrido mínimas alteraciones.

En 1888 empezará —y nunca terminará— la carrera de Derecho. En 1893 escribe un discurso sobre *La crítica literaria en España* y un folleto titulado *Moratin*, que presenta con el seudónimo volteriano de Cándido, paradójicamente, acaso con humor, porque no es del todo aún la suya la conciencia del que vive en el mejor de los mundos posibles, aunque, con el tiempo, cuando ya no usa este seudónimo si sea ésta la conciencia del viejo escritor. Un año después, con el seudónimo Arhiman, otro folleto, titulado *Buscapiés, sátiras y críticas*.

En 1896 está en Madrid. Es el terrible joven que muchos consideran peligroso anarquista. La verdad es que, comentando *La conquista del pan*, de Koprotkin, ha escrito (17-XI-1894) que «indudablemente la humanidad camina hacia el comunismo anarquista, pero camina con paso tardo» (el subrayado es mío). Este *si tan largo me lo fiáis* será la base de la actitud que nunca podrá entenderse ni admitirse como una identificación y ligazón

con las clases sociales en conflicto; en su caso, las masas anarquistas. Ya Marx, en *El 18 de Brumario*, planteó el problema de «la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase por ellos representada». Los teóricos marxistas o anarquistas en la sociedad industrial eran pequeños burgueses o hasta nobles en el segundo caso, pero se producía en ellos una ruptura con su clase asumiendo la conciencia de los conflictos de la clase trabajadora en forma solidaria. De ahí su doble condición de teóricos y dirigentes. En el caso de Azorín, el agudo Leopoldo Alas, *Clarín*, señaló: «Es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles, pero él es un mozo listo, listo de veras». Ya sabemos muy bien lo que entre nosotros decimos cuando de alguien afirmamos que, sobre todo, es listo. Por eso he subrayado las palabras de *Clarín* que, en el mismo lugar (*Madrid Cómico*, 8-V-1897) le llamará también «anarquista infantil».

En una crónica de entonces (23-I-1897) escribía el joven Martínez Ruiz: «Yo voto por el amor libre y espontáneo; por la independencia de la mujer, igual al hombre en educación y derecho; por el placer de las pasiones sinceras; por el goce pleno de la Naturaleza maestra de la vida». También dirá en una carta de aquel tiempo: «Mi programa es

éste: ni moral, ni propiedad, ni ley». Estas ideas, escritas en sus artículos, fuerzan su salida de la redacción de *El País*, que dirigía Alejandro Lerroux. (Como ejercicio de ironía sugiero al lector que acuda a las memorias de Arthur Koestler, que durante la guerra civil española usó automóvil y chófer del viejo político inmoralista que fue, precisamente, sostén y amparo de las derechas.) Urbano González Serrano, figura de la Institución Libre de Enseñanza, ya entonces caló bastante agudamente el talante del joven escritor: «Tal vez Martínez Ruiz, partidario del amor libre, como Grave, profesa la continencia absoluta, purificando así sus ideas en desquite de la crudeza de la frase».

Aunque es la ayuda familiar la que le subvenciona la publicación de sus folletos y su propia sobrevivencia, será periodista a salto de mata. «No puedo seguir escribiendo mis crónicas, porque los suscriptores se quejan de mi independencia de pluma», comenta al salir de *El País*. La historia se repetiría en *El Progreso*, que también dirigió Lerroux, después en *El Imparcial*, donde sus crónicas sobre *Andalucía trágica* no son bien acogidas y completa la medida con su burla de Romero Robledo, amén de su interferencia en los intereses políticos de Rafael Gasset, en 1905. Años después, *El Diario de la Marina*, de La Habana, le pedirá colaboración

# ENTRE MARTINEZ RUIZ Y 'AZORIN'

que anuncia a bombo y platillo y le publican el primer artículo (12 de septiembre de 1913), le devuelven en pruebas el segundo y en el tercero cancelan la prometida colaboración, su «Proceso al patriotismo» ha provocado enormes protestas. «El patriotismo —apostilla en *Los valores literarios* al reproducir estos artículos— es un cristal a través del cual se ve el paisaje de diverso modo».

Cuando en 1928 escribe, en colaboración con Pedro Muñoz Seca, *El Clamor*, es expulsado de la Asociación de la Prensa de Madrid. Todavía tendrá, más de una vez, sus dificultades en otros periódicos cuando deja la redacción de «ABC» para el ejercicio de un tibio republicanismismo, que a nadie extrañaba por otra parte, ya que el conservadurismo era la auténtica ejecutoria del antiguo diputado maurista y ciervista y ex subsecretario. Pero es que, en realidad, ¿ha podido ser considerado terrible Azorin?

En general, la audacia del joven Azorin consistió más en decir que un poeta que escribía elegías a la muerte de su mujer la había matado a disgustos, y que otro que dedicó sus versos al hijo malogrado era responsable del aborto por la patada que, estando borracho, propinó a su esposa. La desconexión de este anarquismo teórico, que no cuaja en ninguna obra concreta de valor doctrinario, que se pierde más bien en un talante de joven insatisfecho que no pasa del comentario de tertulia de café, con la realidad y los problemas de las masas anarquistas es total. Que su cuento «La Nochebuena del obrero» (que puede figurar entre sus páginas peor escritas), aparecido en *El País* (24-XII-1896), fuese, como dice José María Valverde, «un pequeño clásico de la literatura anarquista»; que en una visita al Ateneo para escuchar una conferencia de *Clarín*, lamente que sea éste «un centro puramente burgués. Muchos tubos (sombrosos de copa) y ninguna blusa», y que insista, pero apoyado siempre en Padres de la Iglesia, que no es hora de caridad, sino de justicia social; su monóculo, su paraguas rojo, su caja de rapé son ya los signos externos con los que se distancia, para quedar solo en un anarquismo estético.

Su evolución puede medirse desde su declaración, en el prólogo a *Buscapiés*: «La sinceridad es una virtud funesta, ha dicho

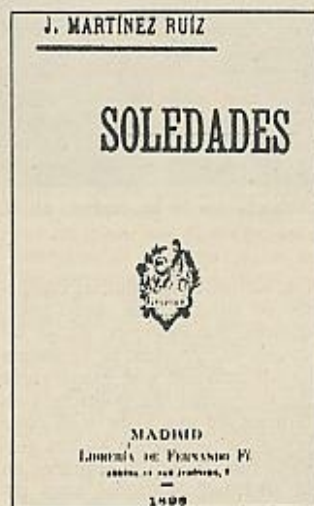
Moratín. Esto que en todas partes es una gran verdad, lo es mucho más en España. Aquí sólo se puede ser sincero a media voz». En realidad, preparaba ya su coartada. En 1915, respondiendo a unos ataques de Vicente Blasco Ibáñez (1), matizaba el sentido de esta su *sinceridad a media voz*: «Cuando el escritor ha avanzado en la vida, cuando se conocen un poco los resortes de la técnica literaria, se ve que todo lo que se decía antaño se puede decir ahora, sustancialmente, pero cambiando la forma (...). Nuestra ingenuidad consistía en creer que en España existen muchas cosas de que un escritor independiente no puede hablar».

en España; todo dependerá del matiz, de la inflexión, de la habilidad del escritor, en fin...».

### III. El llanto de las musas

Azorin, José Martínez Ruiz. Es cómodo ahora ejercer el deslinde. Esto ya se ha intentado con otros y se olvida lo más importante: podemos elegir un libro suyo, tal vez, *La voluntad*, *El alma castellana*, *Los pueblos*, *Españoles en París*, pero es éste un simple acto de elección en la lectura. No se pueden separar Cándido, Arhimán, Martínez Ruiz, Azorin; todos ellos forman una

todo el contexto cultural español. Hasta hay que considerar la circunstancia de que, a su regreso a España, en 1939, el Azorin que nosotros conoceríamos escriba ya siempre no con la pluma, sino con la máquina de escribir. Es fácil advertir cuándo un escritor no manuscibe, sino que dicta —habla pese a todo, aunque se contenga—; también puede advertirse cuándo un escritor deja de correr el riesgo de que su brazo derecho se alargue —como decía Ramón Gómez de la Serna que le pasaba a él— a fuerza de escribir y escribir y se apresta al encallecimiento ambidextro de sus manos sobre el teclado en que fabrica los mecanoscritos. La lucha por la expresión no es sólo poner nombres a las ideas, unas palabras con otras; juega también ese factor puramente físico. Aquel vuelapluma, aquella caligrafía a veces ilegible o ese combate con el ruido de la máquina de escribir, sus espacios, el folio que llega a fin e interrumpe el discurso, son elementos externos pero condicionantes, y Azorin fue, posiblemente, uno de los escritores en aceptar esta nueva instrumentación de su lenguaje literario, con sus limitaciones y también con sus nuevas posibilidades. ¿No hemos escrito con más soltura a medida que rompíamos con aquella rígida caligrafía de finos y gruesos que se nos impuso en la escuela a los de mi generación? Las nuevas generaciones, con el bolígrafo, ya no saben lo que es ensuciarse los dedos, que era la sal de nuestro aprendizaje escolar, lo mismo que no saben liar cigarrillos, lo que constituía nuestro ingreso en los usos sociales de los adultos. Todavía me permitirá el lector un testimonio personal: hace unos años sufrí una fractura de colex y tuve algún tiempo escayolada mi muñeca derecha, adquiriendo entonces dolorosa conciencia de la lucha por encontrar si no la antigua letra ya perdida, una nueva y adecuada a lo que pienso e intento expresar: el dictado, directo o con magnetofón, la máquina, la estilográfica, el bolígrafo, el rotulador, el lapicero han sido instrumentos dolorosa y pacientemente probados en una dura experiencia que duró algo más de un año. Ahora soy ambidextro de la máquina en las urgencias y reconciliado de la estilográfica, la pluma fuente que dicen los hispanoamericanos, para los empeños morosos, pero con otra letra que ya no es la de antaño. La crítica literaria suele



Portadas de «La voluntad» y de «Soledades».

(O. C. IX-1186). Si en el citado prólogo de *Buscapiés* había añadido: «La libertad de la prensa, la de espectáculos, la de culto, son letra muerta para nosotros. Mientras haya Monarquía...», ahora, en 1915, desde su serenidad o seguridad lograda, afirma: «De todo en suma se puede hablar

(1) «Somos de ideas completamente distintas —escribía Vicente Blasco Ibáñez—; tenemos un concepto diverso de la sinceridad; nuestros caracteres están separados por grandes diferencias».

»Y esto no es de ahora ni obedece a que el señor Azorin sea un ferviente conservador y yo un antiguo revolucionario».

»Los dos nos conocemos de larga fecha, y estamos convencidos de que nunca pensaremos lo mismo. Hace muchos años, ¡muchos! —pues el señor Azorin ya no es joven— vivíamos en Valencia y colaboraba él en mi diario *EL Pueblo* llamándose Arimán o algo parecido. Entonces se dio varias veces la satisfacción de asustarme a mí, tímido burgués, con sus artículos cortos y terribles de propaganda anarquista, cuyos temas no quiero recordar» («ABC», 9-III-1915).

imagen total a cuyo examen invita el centenario. Y es entonces cuando advertimos la terrible servidumbre del escritor, ligado a la galera de las galeradas, obligado a darse a diario a sus lectores. El periodismo mata la literatura y no es Azorin una excepción. ¿No nos saltábamos la lectura de sus «recuadros» en los últimos años? Sería difícil llegar a una transparencia y dominio del lenguaje como los que él había alcanzado, pero, ¿para qué?

Un lector actual, sin los mitos de tantos de nosotros, ¿qué encontrará realmente en Azorin? Fundamentalmente, las posibilidades de un escritor malogrado. Puso freno a la retórica, inicialmente, para hacer un examen implacable del pasado, pero se quedó después en el regodeo gustoso de este mismo pasado, consciente de unas limitaciones que no eran tanto personales como propias de



Con Baroja, su amigo.

ser muy torpe y se para sólo en la letra escrita, en la letra muerta. Pero, ¿por qué esta letra y no otra? A veces un adjetivo queda ahí, sea hallazgo o no, por no volver sobre lo escrito. Y el que escribe directamente a máquina corrige menos, porque si lo hace en exceso tendría que reescribir, y si se lo hace todo por el procedimiento Juan Palomo, al que obligan sus urgencias y limitaciones en la mayor parte de los casos, como era el de Azorín, se deja la corrección que luego nunca se hace para la hora de que el escrito volandero se pose en el libro.

Un lector atento podía descubrir en Azorín este paso de la pluma a la máquina y, algo más, la coincidencia con ese convencimiento de que ya nada importa realmente, de que hay que seguir, como sea, escribiendo y escribiendo. Pero es el caso que Azorín, contemporáneo de Proust o de Joyce, o de Kafka, por ejemplo, no era un gran creador. *La voluntad* y *Antonio Azorín* son dos buenas novelas, pero cuando sigue poniendo a sus libros, sea *Pueblo* o *Salvadora de Olbena*, la etiqueta «novela» nos deja perplejos. Y no es la suya audacia experimentalista, originalidad revolucionaria: no provocó entusiasmos, pero tampoco iras. Sus lectores le aceptaron sin extrañeza, y esta fácil aceptación sí debe hacernos pensar sobre la limitación asumida.

Todo Azorín, se dice, es la obra de un ensayista. ¡Cuidado! El ensayo exige un pensamiento. Nos pueden tener sin cuidado las preocupaciones inmortalistas de Unamuno, o los trenos retóricos

de Papini, el culturalismo elitista de Ortega y Gasset. Pero, ¿qué piensa Azorín? Refiriéndose a la política, de él dijo Ortega algo terrible *El Imparcial*, 13-IV-1907): «Cuando Azorín se aparta del arte y se pone a pensar, las nueve musas que tanto le favorecen comienzan a plañir».

Fue precisamente Ortega quien acuñó la ejecutoria azorinesca de *primores de lo vulgar*. Hoy ya es arcaico el primor. Queda lo vulgar, nada más que eso. Lo trivial, la trivialización es el gran enemigo de la literatura, y para Azorín todo lo trivial era grande y hermoso; todo se desmoronaba en cotidianidad, y de ahí que, si acudimos a su crítica literaria, ¿cómo salvar los elogios a tantos olvidados, y no precisamente con injusticia salvo muy contadísimas ocasiones, que pidan una cauta revisión, y cómo valorar justamente su atención por Jorge Guillén o Antonio Machado, como vía de ejemplo? ¿Es que no era todo más que un pretexto para ejercer una crónica de sociedad, aunque fuese la de las letras? Sus veleidades políticas —Maura, La Cierva, Lerroux— encajan en un mismo rasero.

Y esto es lo grave. Los españoles, durante mucho tiempo, hemos vivido en la creencia de que la tan traída y llevada generación del 98, que por cierto bautizó varias veces Azorín, era otro Siglo de Oro, medio decíamos ya cautamente. Negar a estas alturas que hemos aprendido a escribir con los hombres del 98, sería injusto y absurdo. Pero hoy no nos faltan fundadas razones para dudar de su vigencia, sobre todo

por algo fundamental: el daltonismo que estos hombres sufrieron en la visión de los problemas de su tiempo. Algún día habrá que emprender a conciencia la revisión de esta visión deformada de España con la que se ha alimentado intelectualmente a varias generaciones y que, pese al tono de protesta, a la aparente rebeldía, era profundamente reaccionaria, asentada en la nostalgia de un imperio perdido, nada abierta a la realidad histórica. La documentación aportada por Pablo de Azcárate en su libro *La guerra del 98*, nos da ya una nueva visión. Aquel conflicto era la consecuencia de la aplicación práctica de un principio imperialista contra pueblos más débiles. «Con la guerra hispano-americana de 1898 —escribe Azcárate— se inauguró no sólo la entrada de Estados Unidos como gran potencia en la escena política mundial, sino, más concretamente, con su establecimiento en las islas Filipinas y en la isla de Guam, su política imperialista y seudodescolonizadora en el continente asiático. Política —continúa— que para los Estados Unidos no ha sido sino una cadena ininterrumpida de desastrosos y fracasos (China, Pearl Harbour, Vietnam) y para el mundo un obstáculo en el proceso de la pacificación y un riesgo constante de la mayor catástrofe que puede abatirse sobre la humanidad: una guerra nuclear». Aquel proceso de *vietnamización* lo vio claro en su tiempo Rubén Darío, pero nuestros hombres del 98, pidiendo responsabilidades, regeneración y tabla rasa, hoy nos producen una más triste impresión. Estaban tan

ignorantes como los políticos. Seguían en el pasado sin tomar conciencia de lo que realmente sucedía en el tiempo. Seguían refugiados en unas categorías estéticas, y cuando barruntaban otras distintas perdían pronto su pista. Piénsese en Unamuno y la disolución de su socialismo en una crisis religiosa. Reléase *El alma castellana*, de Azorín, el libro en el que logra su estilo, en el que apunta algo, desde la nostalgia estética, que tantos años después será feliz interpretación histórica en la obra de Noël Salomon *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II* y compárese con toda su obra posterior, la añorante arqueología costumbrista, con su don Lope, don Juan, don Tomás, las sábanas de lino, los pobres honrados, los señores condescendientes, los liberales a los que la novia se les mete monja... Releer *La ruta de don Quijote* es comprobar que no es que ya no sea posible encontrar nada de lo que vio, barrido por el semidesarrollo económico y los nuevos usos sociales, sino que nunca fue realmente visto sino con la lente deformadora del tipismo que buscaba casos típicos en situaciones típicas y recogía arquetipos apoyados en una cultura libresco y su testimonio. Cuando Azorín reflejó lo que vio en *Andalucía trágica*, nos encontramos con un documento muy distinto, tanto que mucho de ello sigue en pie. Pero fue aquél un camino que tuvo que abandonar, y aun así, si examinamos cuidadosamente su testimonio, el lector advertirá cómo era la realidad la que le salía al encuentro y cómo se resistía a aceptarla. Que tuviese que salir del periódico, que para desengrasar se estrenase en «ABC» con un viaje real, es puro accidente. El minimizaba, trivializaba todo (Azorín contando las astillas del pavimento de madera después de la bomba contra el Rey es el mejor ejemplo) y se refugiaba en el pasado que era válido sólo por ser ayer, con lo que se negaba al presente y al futuro.

Y, sin embargo, tuvimos otro Azorín. Esto no hay quien lo mueva. Leíamos hace años de otra manera a Azorín. El contraste del sentido de aquellas lecturas con el actual es inquietante. No es Azorín y la generación del 98 lo que está en tela de juicio, sino algo más y que ya nos atañe a nosotros, que descubrimos, con dolor, todo el aldeanismo de una cultura alicorta que nos era propuesta como lo mejor. ■ E. S.